

¿Clasismos sin clasismo? Reflexionando sobre luchas obreras en Argentina (60/70s) desde una escala mundial



Marcelo Raimundo
IdIHCS-CISH-UNLP/CONICET
mramund@fahce.unlp.edu.ar

Resumen

The objective of this text is to reflect on the possibility of enriching the study of the Argentine labor movement, starting from the incorporation of diverse historical and sociological analyzes that focus some experiences of workers' struggle throughout the world during part of the 20th century. The exercise of comparison is aimed at establishing the role played by the rank and files in the labor unrest and the explanations given in this regard.

Palabras clave

*luchas obreras
conflicto laboral
Argentina
clasismo*

Abstract

The objective of this text is to reflect on the possibility of enriching the study of the Argentine labor movement, starting from the incorporation of diverse historical and sociological analyzes that focus some experiences of workers' struggle throughout the world during part of the 20th century. The exercise of comparison is aimed at establishing the role played by the rank and files in the labor unrest and the explanations given in this regard.

Keywords

*workers' struggle
labor unrest
Argentina
clasismo*

La excepción y lo común

Hace unos años, un rico y desapercibido debate entre Nicolás Iñigo Carrera y James Brennan respecto del significado de las luchas obreras cordobesas de fines de los '60 y principios de los '70, planteó algunas cuestiones que aún hoy siguen vigentes en la agenda de la historiografía obrera. En aquella ocasión, Brennan resumió en una frase una de las principales tesis que orientó su reconocido trabajo sobre el tema: "A primera vista, la prolongada historia de militancia e incluso de radicalización política de los sindicatos cordobeses podría parecer sugerir que su experiencia fue excepcional" (Brennan, 1998: 451). Esto resultaba para Iñigo Carrera un error fundamental a la hora de comprender tales luchas, por lo que planteó que había que entender al fenómeno obrero cordobés dentro de la dinámica de los procesos históricos de la clase obrera argentina: cómo se articula a estos, en qué momento de su historia se encuentra y cuál es la tendencia de la misma (Iñigo Carrera, 1997). Así, critica el carácter extraordinario y ubica a Córdoba dentro de una tendencia general de la época. En verdad, Brennan

no la desconocía pero la valoraba distinto, y posteriormente Iñigo Carrera terminó por acercar posiciones reconociendo que lo excepcional de Córdoba era ser el ‘eslabón débil’ de la situación nacional y que justamente ese papel fue lo que le otorgó una relevancia única (Iñigo Carrera, 1998). Es decir, aunque en sentidos opuestos, ambos autores terminan coincidiendo en la peculiaridad histórica cordobesa: ya sea como singular expresión de una tendencia o como excepción que confirma la regla.

Los trabajadores cordobeses alcanzaron ese lugar especial en la historia obrera argentina tanto por su papel en acontecimientos de la época –el *Cordobazo* o el *Viborazo*–, como por haber sido artífices del *clasismo*, nombre con el que se conoce a un conjunto de experiencias sindicales de base y radicalizadas que se dieron en algunas de las grandes y más modernas fábricas del país, en las que miles de obreros llevaron adelante formas de lucha y organización sindical novedosas para la época. Pregonando la democracia en el lugar de trabajo y la acción directa enfrentaron el aumento de la explotación por parte de la patronal, a las dirigencias sindicales burocratizadas y a la dictadura gobernante, alcanzando un grado de politización que cuestionaba directamente al sistema capitalista. Las características de esa radicalización política e ideológica de los obreros automotrices cordobeses es lo que hizo que aquellas luchas sindicales aparezcan como una excepción. También, sobrevalorar esa dimensión del fenómeno clasista –que no significa que no la tuviera sino que en ello no debería agotarse el fenómeno– ha llevado a solapar cuestiones que están relacionadas indudablemente con el fondo del asunto, en concreto, con sus condiciones de posibilidad.

Si bien hace tiempo se han señalado los motivos claves de aquellas rebeliones sindicales en los procesos de racionalización productiva llevados adelante por las empresas extranjeras (Brennan, 1992, 1996; James, 1990; Harari, 2013; Mignon, 2014), también es cierto que ha permanecido vigente una predisposición explicativa donde esas causas no pasan de ser un supuesto estático sobre el que se despliega lo considerado significativo históricamente: el papel jugado por militantes y organizaciones político-sindicales en liderar dichos conflictos, recuperar los sindicatos y orientarlos revolucionariamente. Como reconoció acertadamente Brennan “la fábrica se había convertido en un escenario político” (Brennan, op. cit.: 441), aunque la impronta también quedó plasmada en la historiografía, cuestión que se advierte simplemente contando las páginas dedicadas a cada una de las dimensiones en juego.

El carácter excepcional también es materia de debate al poner al clasismo en perspectiva internacional. Hay que recordar, que Brennan autovalora su libro porque “[...] tiene utilidad no sólo para entender la historia de la Argentina en las décadas de 1960 y 1970, sino también para una mejor comprensión de la relación del movimiento obrero organizado y la política en la historia moderna de América Latina y para rastrear las fuentes de la política obrera en general” (Brennan, op. cit.: 451). Tomando los casos de Méjico y Brasil –como ejemplos de movimientos obreros combativos pero que no se radicalizaron más allá de lo sindical– consigue afirmar la singularidad cordobesa por la existencia de una cultura política de izquierda fuerte en la zona. Con ello cree además resolver otra pregunta clave: ¿por qué estalla el activismo en las automotrices de Córdoba y no en las de Buenos Aires?

Brennan no es el único interesado en poner a Córdoba en perspectiva comparada. Lo hace también Mignon, quién aprovecha una confusa analogía que hace el autor estadounidense, al interpretar fugazmente el de la Córdoba industrializada como un caso de la propensión al conflicto obrero al estilo de las ciudades mineras. Al discutir tal idea, Mignon también sitúa a las huelgas y sindicatos cordobeses en una escala internacional, pero cambiando la composición del conjunto y los parámetros comparativos: “Desde nuestra perspectiva, estas nociones no explican acabadamente las reacciones ni los comportamientos del proletariado industrial de Córdoba. En

un principio, porque consideramos que nos encontramos ante un fenómeno que no fue argentino, ni siquiera exclusivamente cordobés; al contrario, también ocurrió en los países capitalistas centrales, con particularidades regionales propias. Otro elemento importante que debemos tener en cuenta es que esta conflictividad social se desencadenó durante un período temporal relativamente simultáneo: Francia e Italia en 1968-1971; Canadá en 1969-1970; Estados Unidos y España en 1970; Suecia y Alemania Federal en 1971-1973; Japón y Gran Bretaña en 1971-1972 y Argentina en 1970-1973” (Mignon, op. cit.: 166).

De esta forma, el método comparativo se establece como camino a la conceptualización, procurando superar la habitual búsqueda de sentido proveniente de explicaciones enraizadas en una escala nacional y en un fuerte autoreferencialismo: “A través de los ejemplos nacionales que citamos, podemos identificar ciertos elementos comunes (el tipo de comportamiento de los obreros no calificados en los conflictos, la radicalidad de las reivindicaciones igualitarias, la repetición de episodios de violencia durante las huelgas y las manifestaciones, la organización autónoma de las bases en menoscabo de las organizaciones sindicales, entre otros) [...] Teniendo en cuenta los matices, las diferencias cuantitativas y los distintos niveles del desarrollo capitalista en los países nombrados, también encontramos estos elementos presentes en el caso de Argentina y en particular de Córdoba” (183). Como ocurre muchas veces y como se ha planteado arriba, en este caso, la ‘sobredeterminación’ política ejerce sus presiones sobre la historiografía obrera, haciendo que la comparativa se resume hacia lo común, entendido como una variada gama de formas organizativas y de lucha obrera radicalizadas que se pueden encontrar replicadas en países como Italia, Francia, Alemania y Argentina, siendo la más representativa la *huelga salvaje*. De esta manera, Mignon parece oponerse a la interpretación excepcionalista, aunque su eje en caso de querer contestar la incómoda pregunta de Brennan –¿por qué estas experiencias se consolidan específicamente en las automotrices cordobesas?– se ancla fuertemente en componentes demográficos, como se verá más adelante.

¿Se puede aprovechar la tensión emergente en estos intercambios –entre lo excepcional y lo tendencial, lo nacional y lo internacional, lo singular y lo general– en términos de nuevas exploraciones historiográficas? Entendiendo que sí, a continuación se aprovechará la posibilidad que brinda la comparativa mundial, al conjugar varios de los trabajos sobre los obreros cordobeses con algunas producciones académicas de experiencias que presentan rasgos similares en otras latitudes.

Escalas comparativas

A principios de los años ‘80, Giovanni Arrighi y Beverly Silver, publicaron un trabajo que buscaba darle perspectiva histórica mundial a la relación entre el movimiento de capital y la actividad de la clase trabajadora en los países centrales: “Nuestra tesis es que el movimiento obrero norteamericano en las décadas de 1930 y 1940 ‘mostró el camino’ al movimiento europeo a finales de la década de 1960 y a lo largo de la de 1970 y que el vínculo estructural entre ambos movimientos es la expansión transnacional del capital de Estados Unidos en el período posterior a la segunda guerra mundial” (Arrighi y Silver, 1983: 29). El camino citado dirige el análisis hacia un tipo de poder estructural (a la vez histórico) de clase obrera, pero con la particularidad que en este caso se traslada a través del tiempo y por lugares precisos: “Nuestra hipótesis es que la principal fuente de la fuerza de los trabajadores industriales en las industrias de producción de serie, que fueron la vanguardia del movimiento en los Estados Unidos desde mediados de la década de 1930, fue lo que llamaremos capacidad de negociación de los trabajadores en el centro de trabajo (la capacidad de negociación de los trabajadores cuando emplean su fuerza de trabajo en el proceso de trabajo

capitalista)” (42). El papel que juega el punto de producción en la conflictividad obrera, lo continua sosteniendo la misma Silver veinte años después en su conocida obra *Fuerzas de trabajo*, ahora con Argentina incluida en la serie antes mencionada, aunque con una variación sobre el patrón dominante: el bajo nivel de riqueza del país imposibilitó un pacto social para calmar la conflictividad, desembocando en una dictadura militar y la desindustrialización del aparato productivo (Silver, 2005: 68)¹.

Ubicar el centro de la conflictividad obrera en el *lugar de trabajo* permite una comparación menos determinada por el plano político, ya que si bien las huelgas europeas en los años 60/70 tuvieron una innovadora articulación con organizaciones políticas y estudiantiles, el punto de partida –Estados Unidos en los 30/40– estuvo muy lejos del grado de politización e ideologización de estas luchas. Incluso hay que reconocer como advierten Arrighi y Silver que si es cierto que las *bases* obreras efectivamente se politizaron en las luchas más contemporáneas, también lo es que en Europa cuidaban de no mostrar ese fenómeno abiertamente, cuestión que –a diferencia de Córdoba– habilita a relativizar el peso de los partidos políticos sobre esas bases obreras (Arrighi y Silver, op. cit. 64). Estas son afirmaciones que marcan un contrapunto con tendencias de la historiografía obrera argentina, pero que a la vez habilitan a explorar otras escalas de las luchas obreras.

El papel de las bases en la historiografía sobre la clase obrera argentina comenzó a reconocerse ya hace más de 20 años a partir del trabajo pionero de Daniel James. Sin embargo, en el caso del clasismo hoy se sigue sabiendo mucho más sobre sus *líderes*: no solamente hay testimonios orales, sino archivos y documentos originales, producciones audiovisuales, textos de la época, bibliografía académica que precisan con diverso grado de detalle el devenir de sindicatos, organizaciones políticas y militantes. Ahora bien ¿dónde están en estas historias los que no dejaron su nombre? ¿Cómo incorporarlos a ellas? Una de las maneras posibles de empezar a hacerlo –la que se ensayará en este trabajo– es encontrarlos a través de la comparación histórica, interpolando algunos registros bibliográficos que tratan aspectos su actividad en distintos lugares de trabajo. Dos preguntas servirán de guía para buscar pistas que permitan conocer más a esas bases obreras y su relación con líderes y militantes: a) ¿cómo se ha caracterizado a esos sujetos? y b) ¿cómo articularon sus intereses a las organizaciones y luchas (precedentes y coetáneas) para desarrollar acciones que los representaran?

¿Dónde están las bases?

Una de las imágenes dominantes en las rebeliones fabriles automotrices que se dieron a lo largo de occidente durante el siglo XX ha sido la que representa a sus protagonistas: *jóvenes obreros*, muchos de ellos cruzados en particular por ser migrante, negro y/o mujer. Entre los años 1968 y 1971 pueden encontrarse sus huellas en los picos de conflictividad laboral –que no se daban con tal magnitud desde 1948– en Estados Unidos, Italia, Irlanda, Canadá, Australia, Japón, Francia, Gran Bretaña, Bélgica, Finlandia, Nueva Zelanda, Dinamarca, Noruega, Holanda, Alemania Occidental, Suecia y Suiza. También fueron los sujetos que daban cuerpo al proyecto de una nueva izquierda que se propuso sumar a la clase trabajadora a la lucha revolucionaria. Pizzolato lo ejemplifica claramente con lo sucedido en Estados Unidos e Italia entre fines de los '60 y comienzos de los '70: “De hecho, en ambos casos, los grupos radicales se convirtieron en catalizadores de formidables movimientos sociales en los que los trabajadores marginales, los migrantes de primera o segunda generación, eran actores destacados. Grupos como Lotta Continua en Turín y DRUM (Movimiento Sindical Revolucionario de Dodge) en Detroit desafiaron los principios básicos del fordismo-keynesianismo aprovechando la alienación de migrantes del sur (en Italia) y afroamericanos (que,

dentro de los Estados Unidos, también eran migrantes), proveniente tanto del proceso de producción como del sistema de relaciones laborales establecido. Actuando a menudo fuera del marco de las relaciones laborales normales, los trabajadores de estas dos ciudades, con sus luchas impulsaron al capital a cambiar a otro paradigma de producción” (Pizzolato, 2004). En el caso argentino además de enfrentar a la patronal extranjera y a las direcciones sindicales, participaron activamente de la lucha civil contra el gobierno militar de la Revolución Argentina.

Pero los matices rápidamente se presentan a la hora de preguntarse quiénes eran estos jóvenes obreros. Brennan considera a la mayoría de los participantes de las experiencias clasistas como ‘simples trabajadores’, que no estaban politizados sino que asumieron una lucha contra distintas frustraciones laborales. Ellos formaron parte de una rebelión generacional, que con empleo estable orientó sus reclamos hacia las condiciones laborales, alcanzando para el autor entonces este aspecto etario como explicación general, dejando otras cuestiones como meramente complementarias (Brennan, op. cit.: 224-229). Recién unos años después, Brennan y Gordillo se adentran un poco más en la cuestión cuando se refieren a la demanda de mano de obra de las automotrices e introducen con más precisión el dato *demográfico*: ésta fue fundamentalmente cubierta por nativos de la ciudad de Córdoba, aunque también hubo un flujo migratorio desde los departamentos y localidades cercanas. Ambas corrientes tienen como elemento común estar compuestas por trabajadores jóvenes que recién iniciaban su vida laboral fabril y sin experiencia sindical, salvo un pequeño porcentaje de trabajadores que permanecieron de las estructuras fabriles anteriores (Brennan y Gordillo, 2008: 255).

Mignon es quién enfatiza el tema migratorio, pues su análisis inscribe a los obreros clasistas en la serie de conflictos que se dieron por aquellos años en Francia, Estados Unidos, Alemania y otros países, siendo que en todos esos casos el patrón pasa en gran parte por ese atributo: “Aparecieron nuevas ‘figuras’ proletarias, producto de las nuevas formas de trabajo en la fábrica moderna. Se trató de una fuerza de trabajo joven y de inmigración reciente” (Mignon, op. cit.: 60). El autor, a diferencia de Brennan y Gordillo, sitúa el origen de la mayoría de los jóvenes trabajadores en las zonas rurales. Hay que recordar que la valorización del factor migracional interno está muy presente en el análisis de la clase trabajadora argentina desde mediados del siglo XX a raíz del debate existente alrededor de los orígenes del peronismo. Si bien esto no está relacionado directamente con el eje del problema que aquí se trata, es posible encontrar sintonías analíticas en trabajos como el de Pizzolato (Pizzolato, op. cit.), quien al comparar los movimientos de oposición que motorizaron las huelgas en Detroit y Turín, se sirve de las características migratorias y raciales para articular lo que él cree que mueve a los jóvenes trabajadores y trabajadoras marginales: una lucha por el *reconocimiento*, en estrecha coincidencia con el argumento que apoya la concepción de James sobre la adhesión de los trabajadores al peronismo (James, 1995). Mignon entiende más útil que esta deriva las conceptualizaciones provenientes de los análisis político-intelectuales obreristas italianos, ancladas en rigurosos trabajos de campo militantes que procuraban captar las consecuencias del cambio en la composición técnica del capital (representado por la organización fordista del trabajo y lo social). El fenómeno de rebeldía laboral encuentra así su origen en la *autonomía obrera* como concepto que organiza los efectos de la transformación productiva, siendo nutrida por el carácter juvenil y migrante de los trabajadores.

Como sucede con factores explicativos tan generales, se hace necesario a medida que se profundiza el análisis precisar los alcances de las variables en juego. Así, si se observa la rebelión obrera en Fiat Mirafiori, está claramente marcada por el origen sureño de los trabajadores de la fábrica, aunque según Oliva para entender mejor la ruptura generacional –que se manifiesta como divergencia de las prácticas de los viejos

sindicalistas comunistas, algunos provenientes de la resistencia a los nazis– hay que situarse no en la migración de los años ‘50 sino en la de mediados de los ‘60 (Oliva, 2010: 10). Esta última, al estar integrada por jóvenes con mayor nivel educativo que las anteriores, aportó un ingrediente clave para la comunión de los trabajadores descalificados con grupos revolucionarios que –en las puertas y cuando pudieron dentro de las fábricas– pregonaban prácticas democráticas y radicales, que terminaron por cambiar las reglas al impugnar mecanismos establecidos por los viejos sindicalistas, asociados mayormente a la representación de los intereses de los trabajadores calificados. El factor migratorio entonces, muestra una necesidad de especificidad más clara, a medida que se hace más concreto el análisis.

Es posible observar algo similar con otro de los aspectos asociados a estas revueltas obreras: el grado de *calificación laboral*. La impronta interpretativa aquí revela su peso de manera más evidente, pues la condición de calificación/descalificación pasa a ser constitutiva de una experiencia fabril y de una situación de poder en el proceso productivo, desplazando el peso entre las figuras obreras. El enfrentamiento entre modelos comprensivos en el caso clasista argentino puede verse en el marco de una polémica entre el citado Mignon y el enfoque adoptado por Harari. Esta autora, anclada en los conceptos que utiliza Marx en *El capital* en relación a la producción de plusvalía relativa, ubica el peso de la actividad obrera en las escalas que poseen calificación laboral: “Como hemos explicado, en la industria automotriz rigen dos formas de organización del trabajo. Por un lado, en las secciones de montaje final, el proceso de trabajo se organiza como una manufactura moderna. Es decir, mediante la fragmentación del trabajo manual. En cambio, en las secciones de producción de piezas metálicas el trabajo se encontraba ya mecanizado. A partir de esta distinción, hemos podido comprobar que se desencadenó un mayor número de conflictos en torno a los ritmos de trabajo en las secciones de manufactura moderna. Esto se debe a que, en ellas, el trabajo depende de la pericia, destreza o fuerza del obrero a diferencia de las tareas que se encontraban mecanizadas, en donde el ritmo es impuesto al trabajador por la máquina” (Harari, op. cit.: 121). Los sectores más militantes entonces estarían ubicados donde los trabajadores aún conservan cierto saber obrero y con ello mayor poder para interrumpir el proceso productivo afectando además a otras secciones de la planta, como fue el caso de pintores, tapiceros y chapistas. En cambio, Mignon señala enfáticamente que tal esquema deja sin capacidad de explicar la emergencia y actividad militante del sector mayoritario de no calificados, por ejemplo los obreros de la línea de block y montaje, en los que él aloja los mayores focos de rebeldía. Su argumento apunta que es necesario “no confundir el conocimiento subjetivo y técnico que un obrero puede tener de su trabajo, con la capacidad de promocionarse en los escalafones de la fábrica” (Mignon, op. cit.: 75)². Esto sería así porque las gerencias suelen salirse de las reglas oficiales definidas demandando con ello que los trabajadores se las deban arreglar ante las exigencias e inconvenientes de manera no automática utilizando su experiencia e iniciativa, cuestiones que se manifestarían luego a la hora de interrumpir la producción demostrando una capacidad que no se relaciona finalmente con la definición contractual de su grado de calificación.

Sin embargo, una separación tan tajante entre grados de calificación laboral puede hacer perder ciertas cuestiones importantes a la hora de pensar la movilización obrera en las plantas. Por un lado, la dualidad que permanece de fondo no debería hacer olvidar que como bien registra Brennan hay sectores de la fábrica –como el de maquinarias– en los que existen estrechas relaciones entre obreros calificados y los que no lo son: “Estos mecánicos eran trabajadores con amplia experiencia que habían aprendido sus oficios en plantas de IAME, si bien una buena cantidad de operarios nuevos e inexpertos lo habían hecho en los departamentos de maquinarias y mostraban un nivel notablemente alto de habilidad mecánica innata, un hecho que en el caso de muchos se debía, según testimonios orales, a su experiencia en el uso y la reparación

de la anticuada maquinaria agrícola que aún se empleaba en muchas chacras argentinas, especialmente en Córdoba” (Brennan, op. cit.: 125). También se podría tener en cuenta aquí el clásico trabajo de Scott y Hommans, quienes buscando explicación a la ola de huelgas salvajes que azotó a la industria estadounidense durante la segunda guerra mundial, reconocen tanto su masividad como el protagonismo de gran número de trabajadores sin experiencia, pero a la vez resaltan que varias de las huelgas más efectivas y paralizantes fueron estimuladas por trabajadores con antigüedad en la compañía (Scott y Hommans, 1947: 281). Quien en los últimos años ensayó una nueva interpretación sobre la determinación de las calificaciones en la conflictividad obrera luego de analizar la ocupación de Flint a fines de 1936 fue Womack, al plantear que la planificación y éxito de la misma estuvo basado en que los obreros pudieron controlar sectores clave del complejo de plantas de General Motors. Así, lo importante ya no sería la ocupación una coordinada en el sistema fabril basada en habilidades y formación, sino la posición en la división técnica del trabajo y el saber aprovecharla cuando ella es *estratégica*: “su fuerza ‘no necesariamente’ provenía de que fueran ‘los más calificados’, sino de su ‘posición’ en la producción, pues podían ‘detener a muchos otros obreros, aunque muchos de ellos sean más calificados’” (Womack, 2007: 57). Por otra parte, a partir del trabajo que el sociólogo William Form realizó en cuatro automotrices a nivel internacional durante la década de los años ‘60 –entre ellas IKA Córdoba, por lo que es utilizado por varios de los autores citados– se puede tomar también algunos recaudos antes de ser concluyentes a la hora imputar efectos a las diferencias etarias que se presentan en los grados de calificación de los trabajadores automotrices de la época. Según sus resultados, en IKA la mediana que representa las edades de los no calificados, semicalificados y calificados de la planta es 27, 29 y 32 años respectivamente y en FIAT de Turín 32, 33, 36 años (Form, 1973). Se puede apreciar que no existe una notable distancia entre los más y menos calificados, dando una pista acerca de la posible superación de las fisuras provenientes de las sucesivas fragmentaciones que somete el capital a la clase obrera.

Para pensar en cómo se articulan los colectivos laborales, antes de evaluar el papel que ocupan los militantes sindicales o políticos en ese proceso, cabría preguntarse si hay algo pre-político sobre lo cual ellos actúan. Por ello resulta útil volver sobre las apreciaciones de Scott y Hommans, pues estos autores elaboran su trabajo con el objetivo de advertir a quienes toman decisiones que endilgar el problema de las huelgas salvajes a los comunistas es una excusa, y por eso buscan despejar la variable política del análisis y centrarse en por qué los trabajadores se rebelan incluso contra el pacto de paz gremial que habían firmados sus sindicatos hasta la finalización de la guerra. Ellos piensan que la pregunta sobre si las huelgas son espontáneas o planeadas no es lo importante, pues así se ignora algo básico: el comportamiento de los *grupos informales* de trabajadores, una serie de interacciones que trascienden cualquier regla, que la mayoría de las veces se dan de manera natural y que generan intereses propios (Scott y Hommans, op. cit.). Estos grupos informales llegan a ser considerados por Lichtenstein como la base organizacional para la histórica militancia de la UAW en las *sit down* de los años ‘30, cuando la línea de montaje principal sólo alcanzaba al 20% de obreros (Lichtenstein, 1983). Estos grupos estaban conformados mayormente por trabajadores adultos algo más calificados, que realizaban tareas de ensamble y semiartesanales, en las que desarrollaban un alto grado de interacción verbal e identificación grupal como es el caso de pulidores, soldadores, cortadores y tapiceros. Incluyen a trabajadores solidarios y leales con lo grupal, que sin estar sometidos directamente a la dura disciplina de la línea de montaje y con menos conciencia sindical, son esenciales para el flujo rápido y continuo de la producción general, siendo un ejemplo muy común los trabajadores de carrocería. Lichtenstein confirma con esto que los obreros aún en la difícil condición de los ‘30, pudieron mantener en cierto punto el control obrero a través de ejercer restricciones sobre el ritmo productivo y las prerrogativas de la dirección. En otro de sus trabajos este

autor señala el rol clave que juega la amplia red de delegados que se articulan a lo largo de la planta con la vida de estos grupos, donde se establecen mecanismos de negociación directos y propios con los capataces y supervisores que suelen ignorar procedimientos formales y desatar acciones espontáneas (Lichtenstein, 1980: 339). Muchas veces estas dinámicas hacían entrar a los delegados en una contradicción con la estructura del sindicato, en vistas de ese poder autónomo que nacía de su conjunción con los grupos informales.

Al momento de interpretar con mayor precisión el lugar y poder del *delegado* en los lugares de trabajo es sugestivo el análisis de Darlington que pone en términos relativos y abierto el liderazgo de los conflictos. Este enfoque, permite analizar con más detalle las relaciones de fuerzas dentro de las fábricas, en un plano anterior a la ponderación de las fuerzas políticas presentes, que es lo habitual en los estudios sobre el clasismo cordobés o también sobre las experiencias italianas (Darlington, 2006). El autor recuerda que los estudios sobre conflicto laboral les han asignado distinta importancia a los militantes y activistas fabriles. Por un lado, en muchos casos se los han considerado irrelevantes, ya sea por enfatizar analíticamente lo estructural o lo institucional por sobre la agencia, o por considerarlos instrumentos y no causas de los conflictos, o por verlos más como ‘lubricantes’ que ‘irritantes’. Por otro lado, como estamos más habituados en estas latitudes se ha exagerado su papel como iniciadores del conflicto, o al menos ‘organizadores de lo espontáneo’. Darlington por su parte señala que los agitadores sindicales no manufacturan sino que articulan las huelgas, y que frente a la tensión existente entre exagerar y subestimar su papel, habría que precisar entre lo que ‘pueden’ y lo que ‘no pueden’ hacer. Así, los activistas se presentan como necesarios pero no suficientes y se los relaciona al conflicto entendiendo a éste como un proceso, donde pueden ser importantes o centrales para el origen y desarrollo del mismo. Aquí además de considerar que el liderazgo no es algo estático sino que es una posibilidad siempre a prueba, podría pensarse que Darlington se propone enfatizar la diferencia entre categoría y función, asumiendo el funcionamiento del colectivo obrero también como un *proceso* permanente que combina distintas figuras dentro de la base fabril misma. Como un delegado puede tanto agitar, expresar o contener el conflicto, también para evaluar el rol de los liderazgos deben ser considerados distintos trabajadores que pueden desempeñarse como actores claves para el éxito de una lucha. Eso lo hace rescatando dentro de las bases sindicales dos de esas figuras: a) el *griever* (quejoso), la mayoría de ellos apolíticos o incluso inclinados hacia la derecha más que el resto del grupo, aunque son mucho más rápidos que otros para identificar y actuar sobre las injusticias y b) el *opinion-leader* (líder de opinión) generalmente con más influencia entre los trabajadores –por eso moviliza más recursos– urgiendo siempre a lo colectivo más que a lo individual, siendo que sus compañeros acuden a ellos para articular sus reivindicaciones. Darlington llega a precisar con más detalle que: “Ambas figuras de la fábrica juegan un importante rol en iniciar huelgas, los ‘quejosos’ a nivel del grupo de trabajo y los ‘líderes de opinión’ más al nivel de la sección como un todo” (Ibíd. 497).

Por lo que se ha podido ver hasta aquí, hay muchas variables en juego cuando se desea conocer más sobre esas figuras que en palabras del historiador estadounidense Gutman conformaban ‘una fuerza militante que no podía ser controlada’, no sólo ni por la patronal ni los gobiernos, sino tampoco por los mismos sindicatos (Gutman, 1977). Por ahora y teniendo en cuenta la bibliografía, podría hipotetizarse que en los conflictos fabriles se combinan múltiples categorías que operan *socialmente* detrás de los agentes históricos más visibles, usualmente identificados con los militantes o activistas político/sindicales. Al parecer, frente a posiciones que tienden a extremarse analíticamente, se revelan caminos que como algunos de los planteados, tornan productivo aprovechar los distintos factores en conflicto para encontrar las *mediaciones*

concretas que sostienen la existencia y prácticas de aquellos indomables ‘jóvenes obreros rebeldes’. Aunque simplemente sea para abrir nuevas perspectivas heurísticas, que de eso trata la comparación histórica.

¿Qué hacen las bases?

Cuando se busca especificar las manifestaciones concretas de la rebeldía y combatividad en las luchas fabriles que aquí se vienen abordando, hay una categoría que indiscutiblemente las representa: la *huelga salvaje*. Esta asociación se puede rastrear incluso hasta la literatura de los años 40 sobre conflictividad laboral en Estados Unidos. Por aquellos años se da comienzo a un prolífico conjunto de estudios que buscaron entender el gran desafío a la producción desatado durante la segunda guerra mundial por las *wildcat strikes*, huelgas que asumieron el relevo en las preocupaciones de empresarios y estado luego de la ola de *sit-down strikes* –ocupaciones fabriles– durante la segunda mitad de la década de los ‘30.

Estas *sit-down* son las que propone Silver como principales representantes de la ola de conflictividad laboral a nivel mundial de aquella época y contribuyen sin ninguna duda a la constitución de la imagen icónica sobre el modo que asume la acción directa en relación a la producción fordista: “La forma de lucha preferida en todas esas oleadas críticas fueron las huelgas estratégicas, especialmente con la ocupación del lugar de trabajo, en puntos sensibles en la división técnica general del trabajo en la empresa automovilística. La recurrencia de esta forma de lucha (y su éxito) se puede atribuir pues, al gran poder de negociación de los trabajadores en el lugar de trabajo. La compleja división técnica del trabajo, característica de la producción automovilística, incrementa la vulnerabilidad del capital frente a la acción directa de los trabajadores en el lugar de la producción” (Silver, op. cit.: 60). El aspecto ‘estratégico’ de las luchas (que no alcanzan aquí todavía el rasgo ‘salvaje’) aparece luego estrechamente vinculado con otro dato: “La huelga con ocupación que paralizó la planta de GM en Flint fue planeada y ejecutada por una *minoría militante* de obreros que ‘interrumpiendo inesperadamente la línea de montaje y ocupando la planta [...] catalizaron el sentimiento prosindical entre una gran mayoría de obreros apático” (Ibíd.: 62). De esta forma, el imponente desarrollo técnico del fordismo mostró su vulnerabilidad ante un pequeño grupo militante con conocimiento del proceso productivo y una estrategia correcta: “El grupo huelguista de la UAW (principalmente comunistas) había aprendido en movilizaciones anteriores que toda la producción de automóviles de GM dependía técnicamente de diez plantas [...] La UAW le provocaría un daño mayor y más rápido a la compañía si cerraba Cleveland Fisher y Fisher One. Comparadas con la planta más grande de GM [...] estas dos no eran grandes [...] Sin embargo (como supieron primero los comunistas de Detroit), tenían los únicos juegos de matrices para cortar las carrocerías de todos los modelos más vendidos” (Womack, op. cit.: 54). Un mes y medio después, el triunfo de los trabajadores sobre una de las empresas insignia y la más antisindical del país, abrió de manera extendida por todo el aparato industrial las puertas de las fábricas a la organización obrera y con ello a un cambio de relación de fuerzas en el lugar de trabajo. Advirtiendo el sesgo interpretativo que significa el rol de una minoría militante, Torigian considera importante señalar la existencia de controversias sobre si la huelga de Flint fue un plan sindical premeditado o si los trabajadores espontáneamente la iniciaron. Entonces, si bien tanto los autores antes citados como algunos testimonios orales de protagonistas abonan la tesis de una vanguardia interviniendo estratégicamente, existe también otra serie de estudios que sostienen un predominio de la espontaneidad, pues la turbulencia reinante en la UAW durante aquellos tiempos hacían imposible cualquier plan a largo plazo, forzando a los líderes sindicales a “marchar al paso de las bases” (Torigian, 1999: 329). Torigian sugiere entonces adoptar una combinatoria que al

reconocer lo espontáneo no niegue la existencia de estrategia, preparación y plazos. Las luchas fabriles brindan la posibilidad de ver a los organizadores sindicales más allá de las clásicas lógicas y figuras de la historia política obrera, y por ello pueden ser una ventana para observar la actividad de las bases. Para eso es necesario estar dispuesto a captar dimensiones que en parte se obturan en favor de una tendencia a *modelizar* la lucha de clases, un problema no está relacionado con ningún autor específicamente, sino que lo arrastra hace tiempo la misma disciplina histórica en su relación con las ciencias sociales (Astarita, 2000).

Como se anticipó, en la bibliografía suele predominar una estrecha vinculación entre el poder de los obreros para restringir la producción y comando capitalista y la categoría de huelga salvaje, al menos en lo que toca a los años 40 en los Estados Unidos y los '60 y '70 también en Europa y aquí. Sin embargo el gran problema es que quienes en mayor medida las estudian, frecuentemente oscilan en dar definiciones o muy amplias o demasiado precisas de ellas. Un ejemplo del primer tipo es nuevamente Mignon, que dedica un capítulo entero de su libro a tratarlas, comenzando por un panorama internacional que le sirve luego para incluir en ellas a las luchas obreras cordobesas. Para lograr ese cometido el autor elige ir presentando definiciones a medida que el texto va haciendo tal pasaje: la secuencia comienza asociándolas: 1) históricamente a las huelgas espontáneas, 2) a las que son organizadas fuera de la programación sindical para lograr mayor daño a la producción, 3) a las huelgas que pusieron en práctica la a) detención o b) desaceleración de la producción, 4) a las tomas de fábrica con rehenes en Córdoba, 5) a los paros activos siguientes, 6) al Viborazo, 7) al Ferreyra y 8) a las restricciones a la producción en Fiat, categoría que sintetiza una diversa cantidad de medidas distintas a la huelga abierta (trabajo a reglamento, a desgano, huelga parcial, realización de asambleas por sección, etc). En este caso entonces queda evidente la pregnancia de la lucha política de la etapa sobre el abordaje de la cuestión, lo que da por resultado una importante ampliación en la cantidad de variables en juego al momento de definir este fenómeno histórico, valoradas por su efecto en la arena política nacional. Un segundo tipo de interpretación, que se ubica justamente en las antípodas, es por ejemplo de Lichtenstein, quién estudia las huelgas salvajes durante su emergencia en la segunda guerra mundial: "La mayoría de estas huelgas constituía lo que se llamaban paros repentinos (*quickie stoppages*), en los que participaban desde una media docena hasta unos pocos cientos de obreros que dejaban de trabajar durante un turno o menos" (Lichtenstein, op. cit.: 295-296). Este autor señala como una de sus características que nunca llegaron a politizarse, si bien muchas tenían entre sus protagonistas a militantes políticos. A menudo las medidas no se coordinaban entre sí, siendo también sus liderazgos muy cambiantes. Al proponer despejar la dimensión política adoptando una definición más precisa de huelga salvaje, se puede apreciar que una operación aparentemente reductiva también permite abrir una serie de nuevas observaciones y preguntas aplicables a otras experiencias obreras comparables.

Sin embargo, si reunimos la evidencia disponible a lo largo de los textos, parece que la categoría de huelga salvaje presiona hacia un reductivismo de lo que significó para los obreros la posibilidad de desarrollar huelgas estratégicas, siendo que las *wildcats* eran simplemente una de sus formas. Una síntesis posible entonces podría ser: no toda rebelión obrera se redujo a las huelgas salvajes y esas variantes se deberían explicar por situaciones en la fábrica más allá de sus componentes políticos. Algo de esto se puede captar en el estudio realizado sobre las huelgas italianas entre 1968 y 1970 por Regalia, Regini y Reyneri, cuando encaran el estudio del retorno del 'conflicto interno' a las fábricas –prácticamente ausente desde la década de los '50– y que se manifestó variadamente: como huelgas puntuales, huelgas intermitentes, huelgas relámpagos, huelgas de brazos caídos, etc. Estos autores observan un dato fundamental y es que a partir de 1969 el fenómeno de más intensidad es en realidad la 'articulación' de

las mismas: “Las huelgas no sólo se articulan en el tiempo (‘huelgas puntuales’), sino también a través del espacio. En las ‘huelgas intermitentes’ se alternan paros breves con períodos de trabajo en secuencias que se suceden de un taller a otro, de una cadena a otra, incluso de trabajador en trabajador, de manera que en un mismo momento hay gente trabajando y gente en huelga absoluta en la misma fábrica” (Regalia, Regini y Reyneri, 1989: 169) ¿Qué hay detrás de dicha articulación?: “Las huelgas ‘puntuales’ e ‘intermitentes’ no son de ningún modo huelgas ‘salvajes’ aun cuando a menudo sean propuestas por líderes sindicales populares radicales o de la oposición. Con el fin de que estas modalidades de acción dañen gravemente a la empresa por una parte y reduzcan lo menos posible los ingresos de los trabajadores por otra, es necesario que gocen tanto de una aprobación generalizada como de una red capilar que permita una transmisión rápida de las órdenes de los líderes sindicales del centro de trabajo” (169). Es decir, se necesitan más condiciones que para el caso de huelgas espontáneas, solo generalizables por su capacidad de contagio y no por una lógica unificadora. Ya Hammett, Seidman y London analizando la restricción a la producción vía el trabajo a desgano (*slowdown*) señalaron que estas medidas para ser exitosas necesitan básicamente la solidaridad de todos o casi todos los trabajadores de la unidad afectada. Ello es importante también para no delatar y evitar represalias: “Cuando ocurre en un circuito productivo, la ralentización cambia sutil e imperceptiblemente de un hombre a otro, y nunca se puede decir quién es en ningún momento” (Hammett, Seidman y London, 1957: 129). Incluso estas medidas se pueden organizar a partir de liderazgos informales, otorgando un sentido de poder a los trabajadores a la vez que un efecto psicológico en los jefes, llegando incluso a ser utilizadas para presionar al sindicato para que se ocupe de determinadas cuestiones, por lo que en el citado estudio los responsables gremiales mayoritariamente admiten utilizarlas sólo si la situación lo amerita.

Si bien no suele dársele la importancia debida, no es extraño hallar en la bibliografía especializada referencia a los problemas que ocasionan medidas autónomas y espontáneas sobre la disciplina sindical, indicando que generalmente esta tendencia logra revertirse a partir de iniciativas gremiales de organizar e implicar a más trabajadores en las medidas (por ejemplo la articulación señalada más arriba). Aunque ello no implique directamente una merma en la radicalidad de las huelgas, hace depender más su puesta en práctica de la acción de los militantes sindicales, que así pueden encarrilarlas en un proceso de institucionalización e ir moderándolas. Esto es posible observarlo por ejemplo con las huelgas de brazos caídos en las cadenas de montaje italianas, en las que los operarios dejaban pasar una pieza sin someterla al proceso necesario. Pero lo interesante del caso, es advertir que una forma de lucha puede tener un significado más profundo que ser una simple modalidad de acción radical: “Cuando las demandas conciernen a la reducción de ritmos de trabajo o a incentivos, ponerse en huelga de ‘brazos caídos’ significa lograr el objetivo de la huelga durante el propio conflicto sin esperar acuerdo alguno”, y por ello muchas veces los trabajadores prolongaban el paro más allá de la firma de un acuerdo (Regalia, Regini y Reyneri, op. cit.: 171) ¿Cómo respondieron los sindicatos a esto? La redujeron a ser una modalidad más entre otras al ‘desconectarla’ de la demanda (los ritmos de trabajo). Estos conflictos por la autonomía entre bases y sindicatos también los sufrieron conducciones sindicales con fuerte presencia de la izquierda como en los ‘40 estadounidenses, Turín en los ‘60 o en la más cercana Córdoba. Mignon utiliza un comunicado publicado en un boletín del SMATA de fines de 1972 acerca de un conflicto por ritmos en las secciones de Mecánica y Tapicería, para señalar una actitud diferente de este sindicato respecto de la política de participación clasista del SITRAC/SITRAM: “Los paros y conflictos ocurridos durante las dos últimas semanas especialmente en IKA-RENAULT, motivan a la comisión ejecutiva de nuestro gremio a expresar a sus afiliados algunas reflexiones que sirvan como patrón de próximas actitudes y medidas de lucha [...] La comisión

ejecutiva no está dispuesta a permitir que el espíritu de combatividad demostrado por los compañeros sea utilizado para otros fines que no sean los que convienen al conjunto de los trabajadores mecánicos” (Mignon, op. cit. 261).

Para finalizar, entre muchas de las cuestiones que quedan pendientes al aplicar una perspectiva comparada, se dejará anotada una en particular: la que apunta a identificar *qué* hace que una forma específica de huelga se transforme en representante de una época de luchas. Lo que permite poner al caso cordobés en serie con experiencias de otras latitudes son las luchas a nivel fabril, ya que si es por sus manifestaciones políticas la heterogeneidad es importante. Entonces: ¿cuándo emergieron esas huelgas salvajes? En ese marco cobra sentido una apreciación de Mignon, que se permite captar un giro en las prácticas obreras hacia 1971: “Con parte de la dirección de los sindicatos de Concord y Materfer detenida después del ‘Viborazo’, había que buscar otras formas de luchas, más sutiles y menos lesivas a los intereses de los obreros. Es decir, volver a la huelga interior de los talleres por medio de la suspensión del trabajo de manera espontánea, durante pocas horas y organizada por secciones y departamentos. Esta era una forma de lucha que no comprometía con medidas disciplinarias a un gran número de trabajadores” (216). Sin embargo, al volver de la calle a la fábrica, el ejercicio del poder de restringir la producción a su interior fue lo que se tornó más intolerante para la empresa FIAT, que se decidió a terminar con los sindicatos en sus plantas *manu militari*. También Torigian afirma con mayor claridad que en Estados Unidos desde mediados de 1934 crece el uso de *quickie sit-downs* para reclamar por sindicalistas perseguidos o el deterioro en ritmos, evitando violentas confrontaciones con la policía y rompeshuelgas en los *picket line* (piquetes), forma dominante de la protesta obrera por entonces. Hasta que en 1936 se realiza la que es considerada precursora de la era de las *sit-down*: la ocupación de la importante compañía de neumáticos Akron, donde adoptó la forma de una sentada, idea proveniente de una protesta que nació a causa del desempeño de un árbitro en un torneo de béisbol entre obreros de distintas empresas (Torigian, op. cit.: 333). Sin embargo no siempre la transición entre formas de lucha deriva de la acción represiva, sino que juega un papel la ineficacia de las medidas que se tornan habituales. Silver ubica el gran quiebre en la relaciones laborales también por las luchas en los lugares de trabajo: “Cuando a finales de la década de los sesenta, el resurgimiento del movimiento obrero estadounidense y de la conflictividad de base (simbolizada por los ‘Lordstown Blues’) llevó de nuevo a la UAW a tácticas de confrontación como la ‘Operación Apache’ (una campaña de huelgas cortas y pequeñas pero muy perturbadoras), los fabricantes de automóviles abandonaron la promoción del ‘sindicalismo responsable’ y reemprendieron con nuevo celo la reubicación geográfica y la automatización de la producción” (Silver, op. cit.: 63). Paradójicamente, como señalan Asher y Edsforth, los motivos para la emergencia de esas poderosas huelgas identificadas con el *hit-and-run* (pegar y correr) o ataque relámpago de los Apaches eran una difícil situación de retroceso: la UAW venía de librar una larga y costosa huelga de 2 meses contra General Motors en 1970, además de perder una huelga de 174 días en la planta de Chevrolet en Norwood. La *derrota* forzó así a volver a explotar las viejas tácticas de los ‘30 de golpear en las plantas que proveían los componentes esenciales para el flujo productivo (Asher y Edsforth, 1995).

Una breve conclusión

Este texto vino a proponer una heurística que se abra camino entre los sujetos políticos que suelen dominar la escena histórica, para encontrar la acción obrera en los lugares de trabajo. Para ello se argumentó en un conjunto bibliográfico de origen diverso, aunque centrado en el estudio de conflictos fabriles donde las bases se tornaron incontrolables cuestionando la autoridad en la fábrica de los patrones, gobiernos y

sindicatos. Se conjugaron distintas interpretaciones sobre fenómenos de clase que cuentan con numerosas semejanzas, y que por ello mismo habilitan el planteamiento de observables y preguntas que no serían posibles en el marco dominante habitual de politicismo que a modo de sesgo interpretativo tiñe a las luchas de los años '60/70 en nuestro país.

Identificar lo que el clasismo deja de lado, al poner en juego y observar aspectos de conflictos que presentan muchas similitudes, es parte de una invitación a pensar en qué pueden ellos ayudarnos a profundizar el conocimiento sobre la clase obrera. En este sentido, se pudo observar entre otras cuestiones, que detrás de la *figura* del joven obrero en realidad hay una *configuración* obrera poblada de agitadores ubicuos, delegados a prueba y grupos informales de trabajo, que están por detrás del despliegue de un variado abanico de medidas de fuerza. La vulnerabilidad constante del punto de producción en el tramado fordista, facilitó una autonomía relativa de las bases que se tornaron ingobernables por lapsos de tiempo variables. Revisitar el clasismo cordobés desde la experiencia obrera de otras latitudes, incluyendo a modo de prueba las categorías y perspectivas de análisis que suelen utilizarse para interpretarlas, es un desafío pendiente que puede dar buenos frutos a la investigación aunque obviamente tomando los resguardos suficientes para no forzar la especificidad histórica.

Jóvenes y no tanto, trabajadores calificados y descalificados, migrantes rurales, migrantes afroamericanos, mujeres, se entremezclan en historias de obreros insusos que se plantaron ante los gobiernos y capitales más poderosos de su época. Aparecen por debajo empujando a sindicatos y delegados, agrupados muchas veces por vínculos extra-fabriles y organizados por el discurso de algún viejo trabajador quejoso y por el empuje solidario de otros. Algunos lo hicieron por una revolución, otros por el respeto, y algunos pícaros quizás para sacar una buena indemnización... pero todos al fin y al cabo hicieron historia.

Bibliografía

- » Arrighi, G. y Silver, B. (1983). "Movimiento obrero y migración de capital: Estados Unidos y Europa occidental desde la perspectiva de la historia mundial". *Zona Abierta*, Nº 29. Madrid, julio-diciembre.
- » Asher, R. y Edsforth, R. (1995). *Autowork*. Albany: State University of New York Press.
- » Astarita, C. (2000). "Historia y ciencias sociales. Préstamos y reconstrucción de categorías analíticas" en *Sociohistórica*, Nº 8. La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.
- » Brennan, J. (1992). "El clasismo y los obreros. El contexto fabril del 'sindicalismo de liberación' en la industria automotriz cordobesa 1970-1975". *Desarrollo Económico*, Nº 125. Buenos Aires, IDES.
- » Brennan, J. (1995). "Respuesta a Nicolás Iñigo Carrera". *Anuario IEHS*, Nº 13. Tandil, UNCentro, p. 451.
- » Brennan, J. (1996). *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba. 1955-1976*. Buenos Aires: Sudamericana.
- » Brennan, J. y Gordillo, M. (2008). *Córdoba rebelde: el cordobazo, el clasismo y la movilización social*. La Plata: De la Campana.
- » Darlington, R. (2006). "Agitator 'Theory' of Strikes Re-evaluated". *Labor History*, Vol. 47, Nº 4. London.
- » Form, W. (1973). "The Internal Stratification of the Working Class: System Involvements of Auto Workers in Four Countries". *American Sociological Review*, Vol. 38, Nº 6. Chicago.
- » Gutman, H. (1977). *Work, Culture and Society*. New York: Vintage Books. Traducción al castellano de Pablo Pozzi.
- » Hammett, R., Seidman, J. y London, J. (1957). "The Slowdown as a Union Tactic". *Journal of Political Economy*, Vol. 65, Nº 2. Chicago.
- » Harari, I. (2013). "Luchas obreras por el proceso de trabajo: el caso de los obreros automotrices argentinos (1959-1976)". *Trabajo y sociedad*, Nº 20. Santiago del Estero, UNSE.
- » Iñigo Carrera, N. (1997). "Acerca de los sesenta y los setenta". *Anuario del IEHS*, Nº12. Tandil, UNCentro.
- » Iñigo Carrera, N. (1998). "La historia ¿Ciencia o Literatura? A propósito de la respuesta de James Brennan". *Anuario del IEHS*, Nº13. Tandil, UNCentro.
- » James, D. (1990). *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina (1946-1976)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- » James, D. (1995). "17 y 18 de Octubre de 1945: el peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina"; en Juan Carlos Torre. *El 17 de Octubre de 1945*. Buenos Aires: Ariel.
- » Lichtenstein, N. (1980). "Auto Worker Militancy and the Structure of Factory Life, 1937-1955". *Journal of American History*, Vol. 67, Nº 2. Indiana.
- » Lichtenstein, N. (1983). "Conflict over Workers' Control: The Automobile Indus-

try in World War II” en Michael H. Frisch and Daniel J. Walkowitz (eds). *Working-Class America: Essays on Labor, Community, and American Society*. Urbana: University of Illinois Press.

- » Mignon, C. (2014). *Córdoba obrera. El sindicato en la fábrica 1968-1973*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- » Oliva, A. (2010). “Queremos todo. Una mirada crítica sobre la política de las comisiones de base obrera turinesa de la FIAT, previo al ‘Otoño caliente’. Italia (1968-1969)”. *Laberinto*, N° 30. Málaga, Universidad de Málaga.
- » Pizzolato, N. (2004). “Workers and Revolutionaries at the Twilight of Fordism: The Breakdown of Industrial Relations in de Automobile Plants of Detroit and Turin, 1967-1973”. *Labor History*, Vol. 45, N° 4. London, 2004.
- » Regalia, I., Regini, M. y Reyneri, E. (1989). “Los conflictos laborales y las relaciones laborales en Italia” en Colin Crouch y Alessandro Pizzorno (comps). *El resurgimiento del conflicto de clases en Europa Occidental a partir de 1968*. Tomo I. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social de España.
- » Scott, J. y Hommans, G. (1947). “Reflections on the Wildcat Strikes”. *American Sociological Review*, Vol. 3, N° 1. Chicago.
- » Silver, B. (2005). *Fuerzas del trabajo. Los movimientos obreros y la globalización desde 1870*. Madrid: Akal.
- » Torigian, M. (1999). “The Occupation of the Factories: Paris 1936, Flint 1937”. *Comparative Studies in Society and History*, N° 41. Cambridge.
- » Womack Jr., J. (2007). *Posición estratégica y fuerza obrera. Hacia una nueva historia de los movimientos obreros*. México: FCE.

